



Discusiones Filosóficas  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Caldas

Nºs 5 - 6 Enero - Diciembre de 2002

## RESEÑA

ORLANDO MEJÍA RIVERA

JARAMILLO, JUAN MANUEL. *¿Es la ciencia una rama de la literatura fantástica? Pretexto para una reflexión sobre el realismo*. Cuadernos filosófico-literarios, Nº 12. Manizales: Vicerrectoría de Investigaciones y Posgrados-Departamento de Filosofía de la Universidad de Caldas, 2001.

Juan Manuel Jaramillo, buen lector de Borges e investigador de la filosofía de la ciencia, logra en este ensayo, a mi modo de ver, algo más que un pretexto en la relación literatura y filosofía. El título del cuaderno *¿Es la ciencia una rama de la literatura fantástica?* nos lleva al centro del cuento de Borges *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius*, en el que se cuenta de un país imaginario, regido por el idealismo de Berkeley y

en donde, entre otras consecuencias, “la metafísica es una rama de la literatura fantástica” porque los filósofos de Tlon no buscaban la verdad sino el asombro.

Sin embargo, la famosa frase de Borges ya había sido dicha antes por los filósofos analíticos del círculo de Viena para poner en evidencia la contaminación fantástica en el pensamiento f

losófico occidental, algo que Borges sintetizó muy bien, con su ironía habitual, en una entrevista cuando tenía ochenta años: “Yo he compilado alguna vez una antología de la literatura fantástica. (.) pero delato la culpable omisión de los insospechados y mayores maestros del género: Parménides, Platón, Juan Escoto Erígena, Alberto Magno, Spinoza, Leibniz, Kant, Francis Bradley. En efecto, ¿Qué son los prodigios de Wells o de Poe -una flor que nos llega desde el porvenir, un muerto sometido a la hipnosis- confrontado con la invención de Dios, con la teoría laboriosa de un ser que de algún modo es tres y que solitariamente perdura fuera del tiempo? ¿Qué es la piedra bezoar ante la armonía preestablecida, quién es el unicornio ante la trinidad... qué son todas las noches de Sherezada junto a un argumento de Berkeley?”

Con lo anterior se evidencia que, a diferencia de Tlon, la metafísica de nuestro mundo no pretende causar el asombro, sino cree estar dando cuenta de una verdad última, de una imagen de la realidad. Bien, ahí es donde el ensayo del profesor Jaramillo establece puentes de gran significación con el cuento borgiano, que como bien lo analizaron, entre otros, Rubén Sierra y Jon Stewart, no es un elogio o una defensa del idealismo de Berkeley, sino, por el contrario, su reducción al absurdo.

Jaramillo parte de una pregunta: ¿Existe el mundo exterior independiente del observador humano? A continuación nos recuerda las cuatro respuestas más comunes: el sí rotundo del realismo, el no absoluto del solipsismo, el “tal vez, pero no tengo certeza” del escepticismo y el “no tiene sentido” del positivismo. Como su propósito es hacer una reflexión sobre el realismo científico nos deja claro que él no duda de la existencia de un mundo exterior, pues dudar de ello implica la imposibilidad de la ciencia. Su investigación se centra sobre el análisis del denominado realismo ontológico y del realismo epistemológico. El primero se refiere a que la realidad objetiva existe de manera independiente, así la conocemos o no; y que esa realidad posee “en sí misma algún grado de organización o estructura”. El segundo establece que el conocimiento científico busca obtener una “representación adecuada” de la realidad objetiva y que esa representación de todos modos es “fragmentaria, imperfecta y sólo aproximadamente verdadera”.

Partiendo de Locke, Berkeley, y Kant el autor hace una lectura crítica del realismo científico y de el intento de establecer justificaciones de verdad en las teorías científicas. Analiza, en un viaje intelectual vertiginoso y exigente para el lector, entre otros, el realismo interno de Putman, el empirismo

constructivo de Van Fraassen, los argumentos del realismo ontológico de Bunge, la teoría convergentista de la verdad preanunciada por Peirce y retomada por Popper, la teoría causal de referencia de Kripke, las críticas al realismo epistemológico hechas por Kuhn y por Rorty.

Luego aparece su propia visión del problema a través de la utilización del denominado “principio ontosemántico fundamental” de Frege (basado en el criterio semántico de verdad de Tarski) y al asumir, al lado de su colega y maestro Moulines, que las teorías científicas deben ser comprendidas como “modelos semánticos”, concuerda con Frege en que “cualquier intento de definir la verdad como correspondencia o coincidencia nos conduce a un regreso infinito”; de ahí concluye Jaramillo que: “No es posible por vía lógica justificar la noción de verdad como la clase de todas las proposiciones verdaderas”.

Lo anterior lo lleva a expresar que “no hay ontología sin teoría”, es decir, que la realidad en la ciencia “sólo adquiere sentido en el marco conceptual de las teorías”. Con esto está refutando el punto dos del realismo ontológico que presupone una realidad objetiva en sí misma con algún grado de estructura independiente de las teorías.

En síntesis, Juan Manuel reafirma el sí de la realidad externa como algo obje-

tivo y que no depende, para ser conocida, de un relativismo epistemológico; pero, de igual manera, aunque reconoce que las teorías científicas se aproximan a la verdad de esa realidad objetiva, ha mostrado que, por lo menos hasta el momento, no existe una vía racional y lógica impecable para justificar la noción de verdad de las teorías científicas. He aquí, por último, el nexo oculto con el cuento borgiano de Tlon: En cierta forma esas teorías de los realistas científicos ortodoxos, criticadas por Jaramillo, son una especie de “hronirs” o “hrons” Tlonianos, que eran objetos de la mente de los habitantes de Tlon que se materializaban en la realidad.

De alguna manera este ensayo de Juan Manuel ha intentado detectar ciertas teorías que han querido convertirse en “hronis” y darse a sí mismas el estatuto de verdades inobjetables, sin serlo. Si Borges mediante la reducción al absurdo refuta el idealismo de Berkeley, Jaramillo por medio de demostrar la reducción al infinito en las pretensiones de justificación de verdad de las teorías, por parte de los realistas científicos ortodoxos, refuta el intento dogmático de algunos de ellos. Como dice Borges “todo libro tiene su contralibro” y esta es para mí la relación, y no un simple pretexto, en este caso del cuento de Tlon y del ensayo de Juan Manuel.